

# Notas sobre Escritores Costumbristas de Colombia

**ARTURO LAGUADO\***

Si quisiéramos reconstruir en detalle la vida de Colombia o de algunos países sudamericanos a mediados del siglo pasado, seguramente hallaríamos en los costumbristas una fuente viva de valiosas informaciones. En la literatura colombiana existe el grupo llamado "El mosaico de Bogotá", una docena de nombres, que fue animando y hasta cierto punto, coordinado por José María Vergara y Vergara. Muchos de estos nombres todavía aparecen entre las figuras capitales de las letras de nuestro país; otros ya empiezan por ser relegados a los archivos de las bibliotecas. Se les ha acusado con frecuencia de dos defectos capitales: improvisación y desigualdad en sus trabajos. No obstante "El mosaico de Bogotá" representa en su conjunto uno de los más valiosos aportes hechos a la literatura de Colombia. Podríamos ir más lejos y añadir que los escritores de "El mosaico", entregaron las bases de una lite-

ratura auténticamente nacional. Antes de su aparición, debemos recordarlo, las letras de la nueva República se nutrían de la importación; de las escuelas e ideas de moda en el Viejo Mundo. Y siempre con varias décadas de retraso. El romanticismo europeo hizo estragos entre los intelectuales de la Nueva Granada. La expresión sensiblera y a veces llorona, tanto en las ideas como en el aspecto de aquellos hombres atormentados por amores imposibles, dejan mucho que desear. Sólo los talentos superiores lograron salvarse de la devastación espiritual y física en donde se sumió buena parte de los escritores de la época. Si existiera un sello para identificar a la producción media del siglo diecinueve en Colombia, éste se hallaría formado por la exageración teórica y la expresión de los buenos sentimientos.

Contra la tristeza autodestructiva de estos personajes reaccionaron los

\* Periodista y escritor colombiano, crítico literario.

escritores de "El mosaico". Ellos vuelven a darle al hombre dimensiones humanas, a encuadrarlos dentro de una realidad próxima, a entregarle sus gestos cotidianos, a relacionarlo con las tragedias pequeñas y ridículas, con las alegrías breves e inútiles. Les basta con verse vivir y ver vivir a los demás. Son observadores agudos y a veces maliciosos. Un humor bonachón campea a través de sus relatos. Pero son generosos y saben perdonar las flaquezas de los otros sin olvidar las propias.

Vergara y Vergara escribe su autobiografía en los siguientes términos: "Soy bonachón, sencillo, trabajador y muy apegado a mi familia, por una parte, entrando mis amigos entre la familia: por otra, no sé trabajar, soy algo inconstante en mis trabajos, pasando de uno a otro sin criterio ninguno; soy indiscreto, imprudente y cabeciduro, y al mismo tiempo no sé decir que no, o lo que es lo mismo tengo debilidades de carácter. He podido corregirme de mis defectos y no lo he puesto en obra. Resumen: Cuando tenga sesenta años seré todavía y no pasaré de ser "un buen muchacho". Mis hijos no recibirán de mí sino el consejo de que no me imiten". Termina diciendo.

Si contradictorios, católicos y volterianos en oportunidades, difícilmente pueden permanecer serios ante ciertos temas. José David Guarín —como la mayoría de ellos— usa indiferentemente la prosa o el verso. He aquí una de sus célebres estrofas: "Exclama un franciscano auxiliando a cierto herido. / Perdone al que lo ha ofendido / Para ir a la gloria, hermano. / —Padre salvarme me halaga, / Dijo el otro en triste tono. / Si me muerdo lo perdono: / Pero si no. . . me las paga".

Rafael Eliseo Santander parte de una experiencia o de la historia de una de sus enfermedades, de la viruela que le desfiguró el rostro, para darnos un cuadro de la Reconquista de la Nueva Granada por don Pablo Morillo, a cuyo cargo estuvo la represión de los

patriotas. De la misma manera José Caicedo Rojas, emplea su "Don Alvaro" para pintar la vida colonial; Ricardo Silva lleva a la literatura los tipos representativos de su provincia; José Manuel Marroquín hace de su caballo "Moro" el símbolo de la sabana de Bogotá; Juan Francisco Ortiz, emplea como tema sus amores desgraciados, para hacernos conocer la vida simple y tranquila de su tiempo.

Pero de esta manera corremos el riesgo de perdernos en una enumeración de nombres. Más nos valdría entonces, fijar nuestra atención sobre José María Vergara y Vergara, nacido en Bogotá en 1831. Su vida fue corta. Murió a los cuarenta y un años de edad. "Había buscado los medios más seguros para arruinarse: las publicaciones y la bibliomanía". Dice uno de sus biógrafos. Una serie de libros de versos, de novelas, vieron la luz en Colombia gracias al entusiasmo que le inspiraban todas las manifestaciones literarias. A su manía de recopilar viejos libros, folletos y manuscritos, también se le debe la **Historia de la literatura en Nueva Granada**, uno de los primeros ensayos serios hechos en la América del Sur para estudiar ordenadamente la producción literaria. Se ha repetido que sin él, gran número de datos, noticias biográficas y muchas obras se hubieran perdido definitivamente. Escribió versos, novelas, cuentos, dramas, artículos de crítica literaria. Dedicó su vida íntegra a la literatura, pero no poseyó un verdadero talento creador. No obstante, algunas de sus obras gozan todavía de gran popularidad. Uno de sus cuentos más famosos, "Las tres tazas", es el fiel reflejo de tres épocas de la vida colombiana. La primera taza, la taza de chocolate, la toma en la casa de la marquesa de San Jorge en el año de 1813". "El palacio de la marquesa, escribe Vergara y Vergara, era la misma hermosa sólida y opulenta casa que queda en la calle de Lesmes, donde vive hoy don Ruperto Restrepo. Era y es una casa cien veces mejor de lo que hoy se usa, estas casuchas que vengan en altura de techos lo que

pierden en extensión de terrenos; fábricas de tifos y tristezas; copia exacta de la generación actual; casas con gran fachada y sin huertas y jardines; con salas de veinte varas de alto y corrales de vara en cuadro; casas que en lugar de aquellas andaluzas y espaciosas albercas, en que corría a chorros la rica agua del Boquerón, tienen bombas que puján y brotan por la fuerza un agua que sabe a magnesia y a agua de Seltz. . . Pues en uno de sus salones fué donde se reunió la sociedad que iba a tomar un refresco la noche del 13 de mayo de 1813. Treinta caballeros y veinticinco señoritas asistían. La gran sala estaba colgada de tela de seda y recogida en suntuosos pliegues. El mobiliario consistía en tres canapés con prolija obra de talla dorada y cuyos brazos semejabán culebras que mordían una manzana. Fuera de los canapés había unas cincuenta sillas de brazo, también doradas y forradas como aquellos en damasco de Filipinas. El refresco tuvo lugar a las ocho de la noche en el amplio comedor. La mesa cubierta por un mantel de alemánico. . . Sobre las servilletas bordadas reposaban grandes platos: y entre los pequeños platos las tazas en que hacía visos azules y dorados la espuma de un chocolate que estaba aguardando en pastillas desde hacía ocho años, en grandes arcones de cedro. El chocolate había venido desde Cúcuta y para molerlo habían observado todas las reglas del arte, tan descuidadas hoy por nuestras cocineiras. Se había mezclado a la masa del cacao canela aromática y se había humedecido con vino. En seguida cada pastilla había sido envuelta en papel, para entrar en el arcón donde iba a reposar ocho años".

La segunda taza, la taza de café, la tomará en Santa Fe de Bogotá en el año de 1848. Todo ha cambiado, el marco, las costumbres, el traje, los personajes. La antigua nobleza española es reemplazada por burgueses laboriosos y casi ascéticos, apenas terminada la guerra de la Independen-

cia. "El café me era conocido, empieza diciendo, como un remedio excelente, feo como todo remedio, mas no lo conocía bajo la faz de bebida tan deliciosa que mereciese un convite. . . El traje de baile que se usaba en aquel tiempo y era el que yo llevaba, consistía en zapatos sin tacón, pantalón con ancha trabilla, lleno de pliegues en la cintura y sumamente angosto en la parte inferior. . . La casa del señor y la señora Viñas era de una sencillez patriarcal. Las blancas paredes no tenían más adornos que el que le ponen a los difuntos cuando su inconsolable viuda, sus afligidos hermanos, y sus inconsolables amigos le dicen: "Quede usted con Dios". . . Los canapés forrados en zaraza, los taburetes en baquetas todo indicaba una medianía de esas que se llaman con el adjetivo decente". . .

La tercera taza, para terminar, se toma en Bogotá en 1866. De nuevo la sociedad vuelve a ser próspera. "Los marqueses de Gacharná hacen sus cumplimientos a José María Vergara, caballero, y le avisan que el mes entrante siendo el cumpleaños de la señora marquesa, se hará música en el hogar y se tomará el té en familia. (Traje de etiqueta) ¿Pero quién es el marqués de Gacharná? El autor nos dice que se trata de un colombiano nacido en un pueblito de la sabana de Bogotá, quien después de haber pasado varios años en París, se ha enriquecido en el comercio. Las costumbres patriarcales de la colonia son suplantadas por la moda francesa. El hijo del señor Viñas, se llama ahora Casimiro de la Vigne. La alta clase empieza a viajar. En la mesa los nombres extranjeros son la mayoría. Las señoras ya no leen los autores románticos y llegan a tener temas de conversación semejantes a los masculinos. Hablan de la guerra de Austria y de la moda de París. El traje ha vuelto a cambiar. Botín de cabritilla para los hombres, pantalón negro de satín, camisa de holán batista, según dice Vergara, chaleco y corbata blanca, casaca abrochada por un botón.

Para las señoras, camisones de larga cola y peinados monumentales a la francesa. No todo está dicho, evidentemente, pero a medida que se avanza en la lectura de "Las tres tazas", una serie de detalles complementarios nos permiten reconstruir la imagen exacta del pasado. Otros, José David Guarín o Juan Francisco Ortiz, con el retrato de diversas clases sociales,

nos entregan nuevas e indispensables piezas para componer el cuadro completo de la sociedad colombiana del pasado siglo. Uniéndolos logramos un mosaico de una vida extraordinaria. De aquí podemos extraer, a posterioridad, la justificación del grupo y la gran importancia de la obra de los costumbristas de Colombia.